

recer tan halagüeño para la Madre del Verbo, fué el instante en que hizo el sacrificio de su vida, llevando su virtud á un grado á que no tocan los mismos serafines. Cuánto incremento tomasen estas virtudes en tantos años como pasó en la pobre casa de Nazareth, no cabe en la comprension humana.

Por esto, amados míos, Dios toma á su cargo el cuidado de esta casa; la piedra, la arena, la materia, no podían llamar la atención del cielo de un modo tan maravilloso y especial; los misterios allí cumplidos, los altos sacramentos allí manifestados, el rescate del hombre allí efectuado, la Encarnacion del Verbo allí verificada, las virtudes del Hijo y de la Madre que habían santificado la materia: hé aquí lo que Dios mira con su Providencia; y para que el bárbaro no manche con su planta lo que el mal cristiano perdiera por su culpa, Dios echa mano de su sumo poder, y la conserva.

Sagrada María, que tienes en tus manos el poder de todo un Dios: interpon tu mediacion con tu Hijo para que se radique más y más tu devocion en el ilustre personaje que se gloria de llevar el título de tu propia habitacion, y hoy te consagra estos cultos. Mira con piedad á tu más querido patrimonio, á los hijos de la Iberia, que á todas partes han llevado, con las glorias de sus armas, la devocion á su adorada María, para que se conserve en su patria aquella Religion que tú misma les llevaste, con cuyas máximas bien cumplidas adquiere el hombre la paz en la tierra y la gloria en el cielo. Amen.

SERMON PANEGÍRICO

PARA LA

FIESTA DE NUESTRA SEÑORA DE LORETO,

SOBRE LOS MILAGROS.

Linguae in signum sunt, non fidelibus sed infidelibus; prophetiae autem non infidelibus, sed fidelibus.

Las lenguas son para señal, no á los fieles, sino á los infieles; mas las profecias, no á los infieles, sino á los fieles.

(I. AD CORINTHIOS, cap. xiv, vers. 22.)

La verdad no ha necesitado jamás del raciocinio humano para conservar su naturaleza é integridad; hija del entendimiento divino, no está expuesta á la continúa movilidad de las cosas, que son medidas por la sucesion de los tiempos, ni puede ser alterada por la influencia destructora de los séres criados; antes al contrario, ella preside á todo sér, lo rige y lo gobierna; y con fuerza y sinceridad lleva todas las cosas al fin para que han sido hechas. Esto no necesita ser demostrado, porque toda verdad es infalible, todo lo infalible viene de Dios, y lo que emana de Dios no necesita del cálculo humano para permanecer.

Esta verdad tan pura y celestial por su origen, tan inalterable é infalible por su naturaleza, ¿entraña necesariamente la conviccion y el asenso de aquellos séres, que por su naturaleza pueden ponerse con ella en contacto y relacion? Hé aquí una pregunta llena de arcanos misteriosos; el hombre y el Angel son las dos criaturas á quienes la misma Verdad hizo el inestimable favor de comunicarse; y, sin embargo, no todos los que pueden mirar esta luz son iluminados por sus resplandores; no todos adquieren íntimas convicciones. No atribuyamos

esta falta á la misma verdad, sino á los que no han querido recibirla, pues no es culpa del astro del mediodía el no alumbrar al que tiene la tema de andar con los ojos vendados: no es culpa de la verdad el no convencer al que se obstina en resistir á sus inspiraciones.

¡Ah! Si aquel corto y venturoso momento de la inocencia hubiese durado; si el primer hombre hubiese permanecido fiel á su Dios, sus hijos habrían heredado de su padre aquella justicia original que lo hacía recto en todas sus ideas. Entónces la verdad se habria objetado al entendimiento humano, y, como en blanda y virginal cera, hubiera impreso su celestial luz, y hubiera causado la más íntima convicción. Pero la degradacion del hombre causó las densas tinieblas que han envuelto el entendimiento en un caos de mil errores, que, como tupido paño, han impedido la llegada de la luz hasta la pupila del alma. Desde entónces la verdad debió emplear todos los medios de su infinito saber para convencer al hombre é ilustrarlo.

Fueron estos medios los portentos y la profecía; medios que no eran necesarios si el hombre no hubiese abandonado los caminos que le trazó la Providencia al sacarlo de la nada y darle la justicia original y la gracia santificante, con las cuales el entendimiento humano tenía la más completa intuicion de la verdad.

El lugar de la apostasía de Adán fué tambien el primer teatro donde Dios ostentó su poder y sabiduría para dar al hombre criminal la convicción que la verdad hubiera debido inspirarle por sí misma, sin necesidad de prodigios ni de profecías. Anatematizó el error con su padre y autor; publicó de nuevo la verdad de un modo ostensible, y por primera vez aquella mano que tantos portentos obrára en la formacion del mundo, tuvo que operar uno nuevo para convencer al incrédulo; aquella voz que produjo tantas bellezas, debió llevar sus ecos al oído del hombre, para sorprender su atencion, haciéndole

entrever el porvenir, pronunciando la primera profecía, que habia de ser la confirmacion de la verdad, conculcada tan gratuitamente por el primer espíritu humano que tuvo la dicha de contemplarla y poseerla y la desgracia de menospreciarla.

Son, por consiguiente, los milagros y las profecías los dos grandes resortes que de un modo sensible ponen al hombre en contacto con la verdad; ellos no la producen ni pueden causarla, ántes son su consecuencia y efecto; mas la confirman y establecen de tal manera, que adquiere el entendimiento una convicción profunda, de cuya fuerza no le es posible evadirse sin caer en el más irracional escepticismo.

No intento hablar en este dia de las profecías; voy á llamar vuestra atencion sobre un asunto que en verdad no necesita de demostracion respecto de vosotros, pero que es del más alto interés para el siglo en que vivimos. Los milagros han sido dados como un signo de verdad contra los incrédulos, como dice el divino Pablo, cuando los creyentes sólo necesitan de la profecía para tener una confirmacion de la verdad. Pero hoy no debo hablar sino de aquéllos; porque vosotros habeis venido al templo atraídos á él por un gran prodigio, y me habeis hecho á mí el honor de llamarme á panegirizarlo; este milagro es una confirmacion de aquella profecía que Dios publicó en el Eden, en presencia del que en ella encontraría su ruina y delante de los que por su realizacion serian ensalzados y glorificados. Cuando Dios anunció á Satán que suscitaria enemistad entre él y una mujer, entre su semilla y la de ella, dió á la humanidad el signo de su reaccion y engrandecimiento por la Encarnacion del Verbo. Efectuada ésta en la plenitud de los tiempos, las profecías estaban confirmadas, y empezaba la era de los prodigios, para que el incrédulo no pudiese alegar excusa en su infidelidad. Y uno de estos portentos es la conser-

vacion de la humilde morada de María, en cuyo sagrado recinto Dios se humanó para descubrir su gloria y vivir entre nosotros.

Voy, pues, á demostrar, ayudado de la gracia divina, que los milagros son un monumento irrefragable de la verdadera Religion, suministrándome las más convincentes pruebas el prodigio estupendo y perenne de la conservacion del pobre hogar en que el Hijo de Dios vivió con su Madre María. Saludemos ántes á esta Reina amabilísima, repitiendo las palabras con que el ángel la habló en su propia casa. *Dios te salve llena de gracia*, etc.

Es el hombre de tal naturaleza, que con la mayor facilidad echa en olvido las cosas más importantes, y se acostumbra á las más difíciles, habituándose hasta con las más portentosas, sin advertir siquiera ni la causa de las maravillas, ni el objeto á que tienden. En cada momento que vivimos, y en cada paso que damos, somos frios testigos de las cosas más portentosas, y no las advertimos: se levanta el hombre de su lecho al despuntar la alborada, y no considera ni aquellas operaciones misteriosas de su alma encerrada mientras dura el reposo en su cuerpo sin movimiento, ni repara en el modo admirable cómo se ha iluminado un mundo que dejó cubierto de negro manto. Dirige sus pasos por todas partes, y no se mueve sino entre cosas maravillosas; el aire que respira es un tejido prodigioso de átomos; el viento un fluido incoloro, cuya naturaleza y origen no se comprenden; alza su vista al cielo, y no encuentra más que prodigios; la baja á la tierra, y toda está matizada de prodigios; de una semilla diminuta, y sin más auxilio que la humedad y el calor, germina un tallo, y se hace arbusto, y crece hasta ser árbol gigantesco, multiplicándose un imperceptible grano

en muchos miles, y siendo el cimiento primero de un tronco que resiste al fiero aquilon, de unas ramas en que anidan las águilas, de hojas, de flores, de frutos que alimentan á las avecillas y proporcionan al hombre sombra contra los ardores del sol, y guarida contra las tempestades; la flor que se alza sobre el débil tallo presenta la más admirable variedad de sustancias, de colores, de tejidos, de moléculas y de otras mil preciosidades que se han formado de la sávia de la tierra; la vemos, sin embargo, la tomamos en la mano, la olemos, y nos quedamos tan insensibles como ántes de haber visto aquel conjunto maravilloso que la naturaleza ha colocado en un círculo imperceptible; y hasta bajo nuestras plantas tenemos un campo matizado de flores de mil colores y especies distintas, y no sólo no examinamos la belleza de la brizna de yerba, sino que la conculcamos, sin que siquiera nos venga una idea de orgullo santo y bien fundado, apreciándonos en lo que somos y valemos, porque un hombre que en un momento registra ese cielo sembrado de estrellas, y esta tierra atestada de bellezas, no puede ménos de decirse á sí mismo: Dios me hizo semejante á Él; soy el príncipe de toda la naturaleza animal y visible, y para mi morada fabricó el Criador el vasto alcázar del mundo, alcázar alfombrado con bellezas y tesoros y cubierto con bóvedas esmaltadas en diamantes de fuego.

Estando, pues, asediados de obras portentosas, y viviendo entre prodigios, ¿en qué consiste que, no sólo no los advertimos, sino que aún no queremos tomarnos el trabajo de examinarlos? No sois vosotros por cierto amigos de vulgaridades, ni yo tampoco quiero buscar el cimiento de la verdad en el vulgo; pero es preciso confesar que el vulgo tiene algunos axiomas que encierran pensamientos muy profundos: se dice vulgarmente que el hombre es un animal de costumbre, y es una verdad; nos habituamos á todo, y á fuerza de ver siempre una

misma cosa, ésta cae en el más completo olvido. Hé aquí por qué no advertimos lo prodigioso y extraordinario que encierra el más insignificante objeto visible; nos reclinamos en el lecho rodeados de portentos; nos levantamos de él entre portentos; nuestra misma vida con todas sus operaciones en que están en relacion la animalidad y la racionalidad, la materia y el espíritu, es el mayor portento de la creacion, y habituados á estas maravillas desde nuestro primer vagido infantil, no las echamos de ver sino en algun momento de contemplacion filosófica, contemplacion de que apénas son favorecidos aquellos entendimientos que se glorían de sabios y perspicaces.

El sublime doctor San Agustin habia meditado detenidamente esta verdad, y en pocas palabras refiere el origen, la naturaleza y el objeto de las obras milagrosas, y se explica así, tratando de la multiplicacion de los panes por la palabra de Jesucristo: «Los milagros que hizo el Salvador son obras divinas que enseñan al hombre á conocer al Dios invisible en las operaciones visibles. Porque siendo la Divinidad una sustancia invisible á los sentidos, y habiéndose envilecido á los ojos humanos los milagros con que rige y sustenta á toda criatura, por ser estos demasiado asíduos, de tal manera que nadie se digna contemplar las maravillas de la Omnipotencia, que resplandecen en cualquier grano de semilla; por tanto, Dios se reservó ciertas cosas realizables oportunamente fuera del orden y curso ordinario de la naturaleza, para que fuese llamada la atencion de los hombres, viendo operaciones extraordinarias, que no tienen respecto de las otras más que el ser raras y singulares. Porque, á la verdad, mayor milagro es el gobierno de todo el mundo, que el alimentar á cinco mil hombres con cinco panes; y con todo, nadie se admira de aquello porque es comun, y todos se espantan de esto por no serlo.»

Bien comprendéis ya cuál es la causa eficiente, y cuál

el fin de los milagros en el orden moral; así como echamos en olvido las obras maravillosas de la Providencia en la conservacion del mundo material, miramos con indiferencia el origen de la verdad y sus tendencias, y hasta hay hombres que con sus cavilaciones quieren destruirla, y Dios, para manifestar esta verdad, para establecerla y confirmarla, para confundir al hombre olvidadizo por apatía, y al incrédulo por obstinacion y perversidad, echa mano de los prodigios, bien acelerando, bien retardando las obras naturales, ora suspendiendo las leyes universales, ora invirtiéndolas para instruccion de los unos y para confusion y castigo de los otros.

Así es que siempre que la verdad se ha manifestado por primera vez, ha salido á luz escoltada de un numeroso ejército de portentos. Mirad al pueblo de Abraham; se multiplica en Egipto con prodigios, sale de sus límites con prodigios, atraviesa el mar y el desierto con prodigios, en medio de los mayores prodigios vive cuarenta años en la soledad, se interna en el seno de naciones enemigas, toma sus ciudades, esclaviza á sus Reyes, y entra en la tierra prometida. Establecido en ella, se corrompen las costumbres, se echa en olvido la ley, se apodera de ellos la idolatría, y la verdad se defiende de la mentira con el escudo de los prodigios; se ven milagros en la época de Jeroboan, se ven en la de Acaz, en la de Ezequías y Manasés; la Caldea es testigo de muchos portentos; la Persia y la Siria cuentan portentos, y, por fin, despues de la cautividad de Babilonia; por un portento se salva Jerusalem de las armas de Alejandro; por otro son vencidos Sirias, Nicanor y cuantos generales griegos intentan destruir á la nacion escogida, que sostuvo su religion, su culto, sus dominios contra cuantos quisieron destruirla, favoreciéndola Dios con signos y milagros: *Stetit contra reges horrendos in portentis et signis.*

Bien inútil es referir cuanto ocurrió en aquella época

en que apareció el Verbo divino, enseñando á los hombres con sus propios labios. Se admiraban los discípulos al ser testigos de tantos portentos; muertos resucitados, leprosos limpiados, tullidos y paralíticos sanados de repente, tempestades apaciguadas, panes multiplicados, elementos transubstanciados, eran el espectáculo cotidiano de los Apóstoles. Y ¿qué les dijo el Salvador? Una vez les manda que vayan á predicar, y les dice que «curen á los enfermos, resuciten á los muertos, sanen á los leprosos, y arrojen á los demonios de los cuerpos.» En otra les asegura «que quien crea en Él hará las mismas maravillas que Él, y aún otras más estupendas.» En otra les afirma con juramento, «que si tienen la fé de Dios, y en caso necesario dijeren á un alto monte, levántate y precipítate en el mar, y no dudaren en su corazón de que será cumplido cuanto Él mande, así sucederá como lo desea.» Y, en efecto, los Apóstoles y discípulos tienen tanto imperio sobre la naturaleza, que marcan casi todos sus pasos con un milagro; los sudarios de Pablo son enviados á los enfermos, y basta su tacto para verse libres de las más inveteradas é incurables dolencias; Pedro hace tantos milagros, que se ponen los tullidos y calenturientos en la parte opuesta al sol, para que á lo ménos les toque la sombra del Apóstol de Jesus y queden sanos. Los mártires hacen tantos milagros, que todos los adivinos, agoreros y magos del paganismo tienen que confesar por fuerza, con los adivinos de Faraon, que el dedo de Dios está obrando en aquellos hombres. Aquí se pasean entre llamas con la misma serenidad que si estuvieran en un ameno vergel, gozando la frescura de los céfiros; allí los tigres y leones deponen su fiereza, azuzada con el hambre, y en vez de devorar á las víctimas, se postran á sus plantas y las lamen con cariño. En una parte alzan su voz imperativa, y repentinamente el cielo fulmina rayos, la tierra abre sus fauces, los templos de los ídolos

se arruinan, los peñascos se abren, los pedernales brotan agua, y la naturaleza tiembla; en otra... ¡ah! ¿quién es capaz de enumerar los prodigios de la era heroica del Cristianismo? Entónces hacian milagros los Pontífices, los hacian los sacerdotes, los hacian los ancianos, los hacian las vírgenes, y hasta los niños tomaban en su mano delicada la vara del poder divino, y la manejaban con tanta destreza como lo hiciera Moisés en presencia de los egipcios.

Y es preciso confesar que los milagros eran necesarios en aquella época, bajo dos conceptos; la verdad se habia manifestado tan esplendorosa como el astro del día, y los hombres no querian verla; así, no siguiendo éstos las inspiraciones amorosas de la Sabiduría eterna, que se nos comunicó por medio del Verbo Divino, Dios echó mano de su omnipotencia, obrando prodigios en favor de los creyentes, adoptando este medio extraordinario, á fin de confundir la vana y altiva ciencia humana; además, era indispensable fortificar la fé de los hombres convertidos, presentándoles los resultados de sus creencias y el cumplimiento de las profecías del Salvador, quien al despedirse de sus discípulos, les dijo estas palabras: «Estas señales seguirán á los que crean en mí; lanzarán los demonios en mi nombre, hablarán nuevas lenguas, quitarán serpientes, y si bebieren alguna cosa venenosa, no les dañará; pondrán las manos sobre los enfermos, y se curarán.» Y este era un medio ordinario; porque, como observa sábiamente San Gregorio, para que creciese el número de los fieles y se consolidasen éstos en la fé, necesitaban la instruccion de la palabra y la de los milagros, los cuales cesarian de ser cotidianos tan pronto como la Religion echase hondas raíces en el corazón de los hombres; no de otro modo que el instruido agricultor planta el arbusto, le riega y lo abona hasta que se arraiga en la tierra.

Seguramente que no hay un solo dogma del Cristianismo que no haya sido atacado por la orgullosa razon del hereje; pero tampoco faltaron jamás las acciones milagrosas en confirmacion de la verdad. Al paso que de la pluma del Doctor cristiano salian raudales de dialéctica divina, el cielo enviaba el rocío fecundo de su gracia, ostentando la omnipotencia que acompaña á la verdad, que la defiende de las embestidas del error. Prueba de ello, aunque negativa, es aquella emulacion maligna que tenian siempre los sectarios del error para poder obrar portentos, y con ellos engañar al vulgo; prueba de ello aquellas intencionas que inventáran más de una vez de fingir la resurreccion de un muerto que simulaba, ó de dar la vista á un ciego fingido, como lo han hecho los hombres perversos en diferentes épocas; querian cimentar el error en las mismas bases de la verdad, y esto es imposible, como los encantadores de la córte de Faraon podian remedar los prodigios del enviado de Dios, mas al fin, como observa Tertuliano, la verdad de Moisés devorará siempre la mentira de los magos.

Ahora bien, señores: pensad cuál será el dogma más atacado por la barbarie del paganismo y por la pervicacia de la razon; ¿será acaso el de la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía, el de su resurreccion, el de su ascension, el de la virginidad de su Madre ó el de la infalibilidad de su Iglesia? Seguramente no; ha habido herejías parciales, cuya tendencia á primera vista no parecia destruir el cimiento de la Religion, dejando, al parecer, intacta la persona del Verbo y su encarnacion en el seno virginal de María; hubo quien le negó algunos atributos esenciales, hasta convertirlo en criatura; así procedia Arrio; del mismo modo otros fanáticos argumentaban á su modo y sacaban consecuencias sofísticas contra unos ú otros dogmas, que decian no ser fundamentales, modificando á su arbitrio las creencias; entre tanto,

el dogma más atacado era el de la Encarnacion del Verbo divino, porque éste es el cimiento de todos los demás, y tan directo es el ataque de Arrio y de Nestorio contra este dogma, como el de Pelagio y Priscilo, como el de Gilberto y de otros que se ensañaron contra otros dogmas; porque, como nos dice el Apóstol Santiago, el que niega uno, los niega todos, y para destruir el último de los artículos que enseña el Catolicismo, es indispensable arrancar el edificio de las creencias y sacarlo de sus cimientos; y ¿cuál es este cimiento, señores? La Encarnacion del Verbo divino. Si algun dogma puede ser puesto en duda, se destruye la infalibilidad del que lo promulgó, y no siendo infalible, ya no es Dios; y entónces tendria Arrio razon para decir que el Verbo humanado es una criatura. Permaneciendo, pues, en pié el fundamento de nuestras creencias, que es la Encarnacion del Verbo divino, ¿qué importan las declamaciones de la herejía? ¿Qué los sofismas de la incredulidad? ¿Qué las argucias insulsas del racionalismo? ¿Qué los ataques de la barbarie? Nada por cierto; Dios aparece siempre infalible; si remontamos al origen del mundo, oimos la voz divina que promete al hombre pecador la venida del Mesías; si recorremos las edades patriarcales y proféticas, vemos confirmadas sus palabras; si nos trasladamos á los tiempos de la plenitud, resuenan en nuestros oidos los mismos ecos de la Sabiduría increada, el mismo Dios habla en Eden que en Mambri, que en el Thabor y que en el Olivete; sus palabras promisorias en el paraiso tienen por objeto la Encarnacion que se ha de efectuar; sus documentos y preceptos en la Palestina están cimentados en su mision ya cumplida, y si el creyente halla motivos de credibilidad en esta serie de promesas que emanan de un Dios infalible, el incrédulo los palpará en la omnipotencia que desarrolla un Dios poderoso.

Y ¡qué! Dios, que ha manifestado su sábia providen-